

Yo fui un demócratacristiano (I)

POR DEMETRIO INFANTE FIGUEROA, ABOGADO Y EXDIPLOMÁTICO

Ante la postura adoptada por el Partido Demócrata Cristiano en las próximas elecciones presidenciales, pienso que es una buena idea dar un testimonio personal. Como decía Unamuno, lo único que a uno le consta de verdad, es lo que vivió.

En 1957 llegué a estudiar Derecho a la Universidad Católica de Valparaíso. Mi hogar estaba en Lota, donde mi padre ejercía como profesional en la compañía que explotaba las minas de carbón. Mi educación primaria era lotina y la secundaria la había realizado en calidad de interno en el Liceo Alemán del Verbo Divino, en Los Ángeles. Al arribar a la UCV mis conocimientos sobre política eran casi inexistentes. Sabía que me tendría que dedicar a estudiar las diversas materias relacionadas con la carrera de abogado, pero lo que fue una novedad absoluta fue tener ramos como Filosofía Política o Lógica Forense, los que me llevaron a interesarme en los asuntos teórico-políticos. Tuve verdaderos maestros, como los sacerdotes Rafael Gandolfo y Enrique Pascal. Allí por primera vez leí la enciclica *Rerum novarum* y también por primera vez oí nombrar y estudiar a Jacques Maritain. Era momentos en que la DC, con una representación de 15 diputados, tenía la presidencia de todas las Federaciones de Estudiantes Universitarios de Chile. Dentro de las universidades, el PDC era una fuerza arrolladora.

En diciembre de 1961 terminé la carrera. Pese al interés que me despertaba la tendencia política antes mencionada, mientras estuve en la UCV no ingresé a ese partido. En abril de 1962 gané un concurso público para ser parte de la secretaría del Senado. En esos tiempos eran muy pocos los funcionarios de la Corporación y lograr ser parte de ese grupo era realmente una meta difícil de alcanzar. De un momento a otro me encontré trabajando con senadores como Eduardo Frei, Luis Bossay, Salvador Allende, Hernán Videla o Francisco Bulnes. Entre los funcionarios había una regla

no escrita, pero unánimemente respetada: se podía tener su propio pensamiento político, pero no se era militante de un partido. Para nosotros, todos los senadores eran iguales y había que trabajar con cada uno de ellos.

Para la elección presidencial de 1964 apoyé con entusiasmo la candidatura de Eduardo Frei. Hay que recordar que en un comienzo competían los también senadores Julio Durán, por un grupo político que formaban radicales, liberales y conservadores, Salvador Allende por el Frap y Eduardo Frei por la DC. Las posibilidades de este último eran complicadas, pues era el único candidato que tenía como base de sustentación un solo partido político, el que en ese momento -como lo indiqué- tenía una representación parlamentaria de 15 diputados y dos senadores, el propio Frei y el ex agrario laborista Julián Echavarrí. Si la contienda electoral se daba en la situación descrita, las posibilidades del postulante DC eran remotas. Pero vino lo que se llamó el Naranjazo. Se murió un diputado socialista por Curicó de apellido Naranjo. De acuerdo a la ley vigente, debía llamarse a elecciones complementarias para reemplazarlo. El partido del fallecido postuló a un hijo de aquél. Los otros dos candidatos presidenciales también llevaron un postulante y se estimaba que quien representaba a Julio Durán ganaría sin problemas, pues si se sumaban los votos radicales, liberales y conservadores de la zona, Naranjo hijo no tenía posibilidad alguna. Pero sucedió lo que nadie esperaba: ganó Naranjo.

Frente a ello, el senador Julio Durán resolvió renunciar a ser el postulante a la presidencia de la República por los tres partidos que lo sostenían, y permaneció solo como candidato de su colectividad, el Partido Radical. Ahí se produjo algo que los pocos demócratacristianos que quedan tienen pavor de reconocer. Los partidos de derecha, Conservador y Liberal, o sea, la "derecha dura", dio su apoyo a Eduardo Frei y



ARCHIVO EL MERCURIO

gracias a esos votos el destacado senador por Santiago ganó la elección presidencial. El otro hecho que los demócratacristianos de hoy se niegan a reconocer es lo que hizo el propio Frei. Una vez ungido Presidente de la República y después del Te Deum en La Catedral, pronunció un histórico discurso desde los balcones de La Moneda vestido en perfecto frac, teniendo a su lado a quien sería su ministro del Interior y amigo de toda la vida, Bernardo Leighton. La plaza estaba llena de gente. Yo estaba ahí. Con la hidalguía propia de un estadista, en parte sustantiva de su discurso dijo: "Agradezco a los históricos partidos Liberal y Conservador por su apoyo a mi postulación". Me habría gustado que alguien en la reciente junta nacional de la colectividad hubiera recordado esos dichos, previo a adoptar la resolución de secundar la postulación del Partido Comunista. Vale la pe-

na recordar, además, que dicha colectividad durante todo el gobierno de Frei fue de una agresividad increíble. "No le daremos ni el pan ni el agua", declaró su secretario general, Luis Corvalán, lo que se cumplió a cabalidad. Esta circunstancia también la metieron en el cajón del olvido los DC que apoyan hoy a Jeannette Jara.

En lo personal, junto con mi trabajo en el Senado, fui designado profesor ayudante de Derecho Constitucional en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Esa doble actividad me calificó para obtener una beca en Estados Unidos a fin de estudiar Ciencia Política y obtener un máster con especialidad en política internacional. El Senado me autorizó para ello. Llegué al país del norte en julio de 1970, por lo que no pude votar en las elecciones presidenciales que dieron el triunfo a Salvador Allende. Regresé a Chile en ma-

yo de 1972 y reanudé mis obligaciones en el Senado y en la universidad. A decir verdad, en menos de dos años, Chile había cambiado en forma absolutamente radical. La polarización se incrementaba día a día y el diálogo político que yo había dejado unos meses antes, era inexistente. Ese estado de cosas había roto la regla de oro dentro de los funcionarios del Senado y la gran mayoría reconoció oficialmente su color político. Fruto de ellos me inscribí como militante de la DC. O sea, mi vida partidaria se inició en 1972. Tuve el honor que mi solicitud de ingreso fuera respaldada por don Eduardo Frei y por el senador y amigo José Musalem.

Pero antes había sucedido un hecho muy trascendente en la historia política del país. En 1970, Salvador Allende había ganado las elecciones superando a Jorge Alessandri de la derecha y en un tercer lugar a Ra-

domiro Tomic por la DC. La posibilidad que Allende asumiera la Presidencia causó un susto grande en el país. Para que Allende consiguiera sentarse en el sillón de O'Higgins, su postulación debía ser aprobada por la mayoría del Congreso Pleno, por lo que requería de los votos de los parlamentarios demócratacristianos. Ante la incertidumbre que producía el ganador, se llegó a un acuerdo por el cual se formó una comisión entre ambos grupos políticos destinada a establecer un Estatuto de Garantías dentro del cual gobernaría Allende. Por la DC, entre los negociadores estuvo el entonces diputado Luis Maira. Se consensuó un Estatuto de Garantías, por lo que Allende pudo lograr los votos de la DC en el Congreso Pleno. Pero lo de la DC fue un acto de ingenuidad absoluta. El propio Allende declaró posteriormente al periodista Régis Debray que ese acuerdo tuvo la calidad de "estratégico" para conseguir la presidencia. Nunca estuvo en su mente y en la de los suyos cumplirlo. Pero la acción de los comunistas y de los entonces miembros extremistas del socialismo no quedó sólo en eso. Al poco tiempo, en una operación lenta de convencimiento, un grupo de más o menos 15 diputados demócratacristianos renunciaron al Partido y se plegaron al gobierno de Allende. Ahí nace el MAPU y la Izquierda Cristiana. Cabe recordar que el cabecilla dentro de la DC para producir ese sistema fue el diputado Luis Maira, quien -como se indicó- había sido uno de los miembros del equipo negociador del Estatuto de Garantías. Hoy día todo eso se olvida e inocentemente se piensa que los comunistas actuales son otra cosa. El único animal que tropieza con la misma piedra es el hombre. Como veremos más adelante, aquello es una utopía, la cual no es nueva, ha llevado a lo que fue el partido político más poderoso de Chile a ser un grupo de personeros que llega a ciertos consensos con los comunistas para tener la posibilidad de ganar algunas diputaciones. ☞